

LUCES Y SOMBRAS DE LA ÉTICA DE SIMONE DE BEAUVOIR

ESPERANZA GUISÁN

Universidad de Santiago de Compostela

Resumen

El principal objetivo de este trabajo es tomar en consideración la aportación de Simone de Beauvoir a la ética contemporánea. Con tal fin trato de considerar su lucha a favor de la libertad y la autonomía, la emancipación y la fraternidad. Muestro algunos fallos de la autora como son su olvido de la empatía y su defensa de la libertad como el fin principal de la vida humana. Trato de leer a De Beauvoir desde un punto de vista consecuencialista, observando que la libertad, con ser muy importante, es sólo uno de los elementos, tal vez el principal, del desarrollo humano y la felicidad humana.

Palabras clave: libertad, autonomía, emancipación, fraternidad, empatía, desarrollo humano, felicidad.

Abstract

My main aim in this paper is to take into account Simone de Beauvoir's contribution to contemporary Ethics. In order to this I try to consider her struggle for liberty and autonomy, emancipation and fraternity. I show some shortcomings of the authoress as her neglect of sympathy and her defence of freedom as the main end of human life. I try to read De Beauvoir from a consequentialist point of view, noticing that freedom, important as it is, is only one of the elements, perhaps the main one, of human flourishing and human happiness.

Keywords: liberty, autonomy, emancipation, fraternity, sympathy, human flourishing, happiness.

COMO coordinadora de este número de *Ágora*, en torno a la muy relevante figura de Simone de Beauvoir, no he querido dejar de ofrecer una modesta

Recibido: 12/01/2009. Aceptado: 18/02/2009.

contribución de lo que hay de positivo y en alguna medida negativo en el pensamiento de la autora francesa respecto a los retos de la filosofía moral en nuestros días, en el futuro que nos espera y, en suma, en todos los tiempos previsible.

Para empezar he de confesar honestamente que no soy una experta en el pensamiento existencialista, concretamente en el pensamiento de Simone de Beauvoir, pero que he leído con suma atención y detenimiento sus obras más importantes con contenido ético, como pueden ser *Para una moral de la ambigüedad*, *Pyrrhus et Cineas* (traducida al castellano como *¿Por qué la acción?*), o *El segundo sexo*, además de partes importantes de su amplia autobiografía.

Mi primer contacto con la filósofa (cuyo primer centenario de nacimiento tuvo lugar el pasado año, y que aquí conmemoramos con satisfacción aunque con un pequeño retraso) tuvo lugar hace ya bastante tiempo en que cayó en mis manos su magnífica y estimulante obra *Para una moral de la ambigüedad*, que, a mi modesto parecer es, desde el punto de vista de la ética, lo mejor que ha producido, conjuntamente con las otras obras ya citadas. Me limitaré pues en general a estas tres importantes obras donde se nos muestra una autora valiente y llena de coraje, con convicciones profundas y un amor apasionado por la libertad y la emancipación humana. He de indicar que uno de mis objetivos en este pequeño trabajo es resaltar las luces y sombras de Simone de Beauvoir que nos la muestran como un ser humano muy libre, con una gran penetración de la psicología humana y los problemas con que nos encontramos como seres que somos arrojados a la finitud, que no tiene que ser agobiante ni estremecedora, sino nuestro lugar de encuentro con los otros, y nuestra ocasión especial y única para ser nosotros mismos.

Comenzaré pues resaltando la pertinencia de estudiar las reflexiones morales de la filósofa francesa, con sus aciertos y sus posibles debilidades, que nos la muestran como una autora de referencia a la hora de elaborar una filosofía moral para el siglo XXI, que sea capaz de superar los angostos reduccionismos de que el pensamiento ético ha sido víctima, condicionado por el neocontractualismo de influencia legalista y economicista.

En el caso de Simone de Beauvoir nos encontramos, aunque ella no lo pensase así posiblemente, con una filósofa de la moral en estado puro, que no busca simplemente elaborar normas consensuadas que garanticen la cohesión social sino que se atreve a inquirir, disentir y proponer, de una manera velada, un nuevo modo de ser que tiene la autenticidad como meta, a la par que la justicia y la emancipación.

Se echa muy en falta en el pensamiento de este siglo la pasión perturbadora a veces, pero siempre estimulante y sugerente, de una mujer filósofa

que hizo de la escritura el medio de contribuir a la transformación de un mundo en el que los individuos fuesen fieles a ellos mismos, defensores de causas tan importantes como las que ha señalado Lisa Appignamesi en su obra *Simone de Beauvoir*, a saber los derechos humanos, el pacifismo, el internacionalismo y el socialismo¹.

Uno de los pasajes más bellos y sugerentes de la filosofía moral de la filósofa que comento es probablemente el que aparece casi al final de *Pyrrhus et Cinéas*, donde indica: “Reclamo para los hombres, la salud, el saber, el bienestar, el ocio, a fin de que su libertad no se consuma en combatir la enfermedad, la ignorancia, la miseria”².

Se podría atacar mi interpretación de Simone de Beauvoir como viciada por mi propio pensamiento y los autores que me han servido habitualmente como referentes, entre los que destaca John Stuart Mill por encima de todos. Sin embargo las diferencias entre el utilitarismo que defiendo y el existencialismo de Simone de Beauvoir son, creo que frecuentemente, sólo cuestión de matices. Es cierto que De Beauvoir rechaza con repugnancia los placeres mezquinos y primarios, y que a veces da la impresión de que es más kantiana que otra cosa, obsesionada con el cumplimiento de algo que ella cree consustancial al ser humano, y que deviene casi, casi, un imperativo categórico, como lo es el imperativo de la libertad. Aunque pueda parecer un tanto audaz me propongo sugerir que lo que De Beauvoir buscaba no era otra cosa que la felicidad humana, tan distinta de la de los puercos, tan diferente a ese placer mezquino que se deriva de las pulsiones egoístas. Me propongo releer a Simone de Beauvoir en clave consecuencialista, no deontológica, ya que sólo así es posible fundamentar una ética solidaria y emancipatoria, como la que ella de alguna manera empezó a diseñar. Pero antes de analizar la idea de felicidad en la autora aquí homenajeada, me gustaría sugerir, que influida por un racionalismo insostenible, descuida el papel de los sentimientos morales, particularmente la empatía o *sympatheia*, lo cual la lleva a la temible conclusión de que la violencia indeseable es irreprimible e inescapable.

Me propongo examinar brevemente tres puntos importantes de desacuerdo con Simone de Beauvoir, a saber, su escasa capacidad para superar lo que Kohlberg denominaría estadio 4.5, a mitad de camino entre el nivel

1 Véase op. cit., versión castellana de Antonio Gude en Ediciones Tutor, S.A., Madrid, 2006, pág. 30.

2 Véase la versión original de esta obra en Simone de Beauvoir: *Pour une morale de la ambiguïté, suivi de Pyrrus et Cinéas*, Gallimard, Paris, 1979, pág. 361, o la versión castellana titulada *¿Para que la acción?*, La pleyade, Buenos Aires, pág. 120.

Convencional y el Postconvencional, no logrando superar una moral de la rebeldía, un poco sin causa, y en segundo lugar, como consecuencia de la falta de compasión hacia la raza humana, las peligrosas conclusiones acerca de una violencia al parecer inescapable. En tercero y último lugar examinaré el valor de la felicidad explícitamente negada en su obra, y la aceptación implícita, e incluso explícita de algo que podríamos llamar la alegría o el goce, que la convierten en una hedonista (o al menos eudemonista) a su pesar, y una máxima autoridad a la hora de fundamental una ética laica y profundamente revolucionaria.

1. ¿Rebelde con causa?

En muchos sentidos, para bien o para mal, como la filósofa reconoce, a pesar de su oposición a la moral convencional burguesa, no dejó de ser, en muchos aspectos, una disidente así mismo burguesa. Su amor al proletariado era, a mi parecer, más un dictado de la razón práctica que fruto de un sentimiento fraternal para con los desposeídos. Con una gran clarividencia intelectual fue desechando los valores que le habían sido inculcados en el seno de una familia acomodada, de una élite de la que posiblemente nunca logró liberarse del todo. Algunos valores importantes y estimables fueron retenidos, lo cual resulta éticamente satisfactorio, como lo es su aprecio por la cultura y su desprecio del dinero, que la hacen tan semejante a los filósofos clásicos con su desprecio a la plutocracia y su reivindicación del gobierno de la inteligencia, o mejor la sabiduría.

Hay, sin embargo, fases en el desarrollo de la autora que resultan poco aceptables, como su caída en el inmoralismo, que aparece reflejado en sus *Memorias de una joven formal* en donde al narrar como su amiga Zaza admitía el inmoralismo gideano y el vicio, afirma compartir sus puntos de vista³.

He de añadir, antes de continuar este apartado acerca de una rebeldía con tintes burgueses, que la falta de capacidad de empatía, que he señalado y que trataré en el segundo apartado, no implica que careciese totalmente de sensibilidad moral. Así, en la obra que comento, asegura que deseaba evitar el sufrimiento y muerte de los soldados alemanes, al fin y al cabo miembros de la misma raza humana, y que prefería la paz al triunfo bélico⁴.

3 Véase *Mémoires de une jeune fille rangée*, Gallimard, Paris, 1958 versión castellana, en Edhasa, Barcelona, 1987, pág. 285.

4 Véase *Ibid.*, pág. 67.

El estadio que Kohlberg denominó como 4.5, que ya he mencionado, como tiempo de tránsito hacia una moral postconvencional presenta valores importantes y posiblemente insoslayables que dan viveza y colorido a una ética de la libertad y la emancipación. Sería ocioso recurrir a los cientos de citas de la autora donde se manifiesta incondicionalmente en contra de las convenciones y el gregarismo, donde proclama el derecho, que hoy más que nunca nos parece irrenunciable, a la individualidad (frente a los fundamentalismos religiosos y nacionalistas de signo vario). Pero esta imprescindible individualidad solidaria reclama el apogeo de una moral libertaria y emancipatoria, sin la cual caeríamos en el nihilismo en que por un tiempo cae la filósofa, y del que no se recupera del todo, al considerar que cada individuo es libre de conducirse moralmente como le guste, siempre que acepte la libertad del otro para hacer lo que a él mismo le guste, posición que podríamos cuestionar preguntando: ¿qué ocurre si a uno le gusta instrumentalizar al otro, y al otro le gusta ser instrumentalizado?

En *El segundo sexo* de manera particular rechaza que las mujeres puedan ser manipuladas, o utilizadas como objetos, pero tal concepción del ser humano como merecedor de respeto a su integridad física, psíquica e intelectual, constituye una moral con valores tan perennes, como diría Hume, como es perenne la condición o naturaleza humana. A pesar del grito beauroviano de que “La moral es el triunfo de la libertad sobre la facticidad”⁵, la moral está en-cardinada, y la ética laica y filosófica con más razón, en la necesidad humana por autonomía, por el deseo más profundo, por la fuente de bienestar más satisfactoria, que es la libertad que se deriva no del dejar hacer y dejar vivir sino del compromiso ético con el otro.

En resumidas cuentas la filósofa francesa es tan exigente en ética como pudieran serlo Mill o Kant, desde sus respectivas posiciones. En este sentido hay cosas que no están permitidas de modo incondicional, por ser como somos. De esta suerte se afirma en la página 101 de la obra que comento: “Cualesquiera que sean los problemas que se planteen, los fracasos que deberán asumir, las dificultades en las cuales se debatirá, deberá rechazarse la opresión a todo precio”. Por supuesto que tal proclama, sumamente interesante, desvela que la rebeldía juvenil, aparentemente sin causa, tiene ahora una marcadamente ética que es la emancipación humana, con vistas, es de suponer, al logro del máximo bienestar humano, aunque De Beauvoir sea renuente a aceptar una posición eudemonista, como examinaré en el apartado final, su contribución es de sumo valor desde un punto de vista con-

5 *Para una moral de la ambigüedad*, pág. 49.

temporáneo como el asumido por Martha C. Nussbaum, que al igual que Amartya Sen, aceptan como base de la teoría moral las necesidades profundas de los seres humanos.

2. ¿La inescapable violencia?

Como ya he indicado uno de los fallos más llamativos de la filósofa que comento radica en su aparente desprecio de la empatía, la *sympatheia*, la compasión. En sus escritos los seres humanos parecen abocados a estar con los otros, necesariamente, por razón de que es la mirada del otro, la que, siguiendo a Sartre nos convierte en sujetos. Pero la concepción del ser humano en Simone de Beauvoir es tremendamente pesimista. Sus escritos rebosan un dolor hermosamente dramático ante la finitud y el escándalo de la soledad y la separación, como puede observarse en los últimos párrafos de *La force de l'âge*⁶.

Tal vez por el deseo de liberarse del estereotipo femenino que hacía de las mujeres seres sensibles poco racionales, quiso situarse en la otra orilla al precio de desgajar su condición humana como ser sensible y sensato al propio tiempo que seguramente era. Su gusto por lo raro, distinto, fuera de lo común, su deliberada extravagancia se conjuga con el candor de sus pensamientos acerca de la belleza de un río, de una noche, de un aroma. Posiblemente, podríamos suponer, que la vida, no del todo afortunada de esta mujer con tan gran capacidad para amar y odiar, gozar y sufrir, es el fruto de una lucha inmisericorde consigo misma por escapar de lo convencional y proclamarse libre al precio incluso del infortunio o la renuncia a goces sencillos y afectos múltiples. Por ejemplo, no es del todo anecdótico sino significativo que De Beauvoir renunciase a la maternidad en aras a su vocación irrenunciable como escritora. Su disgusto frente a su amiga Zaza que prefería tener hijos a escribir libros, nos la muestra como ligeramente inhumana, como una especie de heredera de la mortificante racionalidad kantiana⁷.

Si comparamos a esta autora con Bertrand Russell, por ejemplo, veremos que ella desconfía más de lo debido de la capacidad de afecto mutuo entre los humanos y que en algunos casos no hace gala de misericordia alguna frente al opresor al que es, al parecer, justo destruir, ya que la urgencia

⁶ *La force de l'âge*, Gallimard, Paris, 1960.

⁷ Véase como ejemplo de su rechazo a la maternidad en la versión castellana de *La force de l'âge. La plenitud de la vida*, Edhasa, Barcelona, 1986, pág. 70, entre otros lugares y obras.

de la tarea impide pararnos a reeducar a los tiranos y a sus secuaces⁸, como la autora indica en las páginas referidas: “Es posible entonces, y sucede a menudo, que nos veamos obligados a oprimir o a matar, a hombres que persiguen fines cuya validez en sí misma reconocemos”. Para ser justos con De Beauvoir no podemos olvidar el desgarramiento con el que acepta la monstruosidad de la opresión y la violencia que se presentan como un crimen⁹, monstruosidad y crimen al parecer inevitables, inherentes al ser humano que desea luchar por una causa justa y que se ve irremediadamente impedido a sacrificar a otros seres humanos. Como afirma la autora “toda lucha nos obliga a sacrificar gente a quienes nuestra victoria no concierne”¹⁰, pero surge fácilmente la pregunta irreprimible: ¿Qué lucha vale la pena si involucra la suerte de los demás de modo tan terriblemente negativo?

Da la impresión de que en la madura De Beauvoir combaten principios antagónicos, el deseo de paz, que mostró desde sus años juveniles, y su deseo de acabar con el orden burgués, del que posiblemente siempre fue víctima, con todo lo contradictorio que pudiera suponer. Pero el orden burgués no se termina a golpe de metralleta, ni es mediante la violencia como se crea un mundo más solidario. A pesar de sus críticas al marxismo, estaba la autora demasiado influida por el clima revolucionario de su tiempo que le llevaba, ¿por seguir a Sartre?, a simpatizar con partidos muy radicales que se ajustaban poco a sus creencias emancipatorias y su culto al respeto a la libertad de los demás.

Lo que considero más preocupante es la frialdad de esta mujer apasionada que sustituye sus anhelos de felicidad por una búsqueda de una supuesta emancipación que la libere del calor humano, o que reduzca éste casi exclusivamente a Sartre. Al menos hubo un tiempo, como indica su biografía Lisa Applignanesi, en que: “Seguía sintiéndose indiferente a los demás y, a la vez, amenazada por ellos”¹¹, si bien hay que reconocer que 1939 “marcó el final de lo que ella llamó su forma de vida individualista, anti-humanista. Simone comenzó a aprender el valor de la solidaridad”¹².

Los últimos veinte años de la vida de Simone de Beauvoir fueron años de radicalización política, si bien tuvo la inteligencia de no someterse a las directrices de ningún partido y preservar su independencia intelectual, cri-

8 Véase *Para una moral de la ambigüedad*, pág. 103 y 104.

9 *Ibid.*, pág. 114.

10 *Ibid.*, pág. 114.

11 *Op.cit.*, pág. 62.

12 *Ibid.*, pág. 79.

ticando por igual, o casi, los peligros del capitalismo, y las veleidades autoritarias del socialismo de Estado¹³. Se diría que de alguna forma la filósofa seguía prefiriendo la soledad, o la única compañía de sus pares, que el tumulto de las relaciones sociales.

Su concepción de los seres humanos fue el propio de una escéptica que no espera nada, o muy poco, de los demás. Es cierto que intentó en algún momento de su vida cambiar de alguna manera el mundo, hacerlo más crítico, más ilustrado, como evidencia su trabajo como profesora, del cual nos da noticia en su obra *La force de l'âge*. Pero se diría que le estimulaba la oposición a lo establecido más que el descubrimiento de un orden nuevo y unas mejores condiciones de vida para los humanos, no sólo desde el punto de vista intelectual sino, así mismo, psicológico, moral y material. En la versión castellana de la obra mencionada puede leerse, al mencionar su papel ante sus alumnas: “Me parecía importante liberarlas de un cierto número de prejuicios, ponerlas en guardia contra esa palabrería que se llama sentido común, aficionarlas al gusto de la verdad”¹⁴.

Se diría que en algún sentido De Beauvoir estaba preconizando una vez más, a lo largo de la historia de la Filosofía, la búsqueda de la verdad, la búsqueda del *logos* frente a la *doxa*, u opinión común, lo cual tiene sus aspectos muy positivos siempre que nos percatemos de que la verdad y la razón, son verdades y razones al servicio de los humanos, y no a la inversa. No sólo es platónica De Beauvoir, sino en algún sentido kantianamente pesimista, beligerante con lo establecido, e incapaz de diseñar un nuevo modelo de convivencia más gratificante para todos.

Como en Kant la autonomía se alza contra las pasiones, que se consideran como algo vejatorio e impropio de los humanos. Así en la obra que acabo de mencionar (siempre en su versión castellana) afirma, cuando relata su consciencia de perturbadores ensueños sexuales: “Descubría con mi carne que la humanidad no descansa en la apacible luz del bien; conoce los tormentos mudos, inútiles, inclementes, de las bestias sin defensa. La tierra debía tener una faz infernal para que yo fuese atravesada de vez en cuando por tan negras fulguraciones”¹⁵.

Este anhelo de autodominio, por encima de todo, tiene su aspecto positivo, sin duda, pero también el peligro de desechar las buenas pasiones, entre las que se incluye la pasión amorosa hacia las criaturas humanas, pasión que

13 Véase *Ibid.*, págs. 161 y ss.

14 *La plenitud de la vida*, pág. 84.

15 *Ibid.*, pág. 58.

fue sustituida por un respeto racional al modo kantiano, que contradiciéndose en ocasiones, llevaba casi a aceptar el sacrificio de algunas vidas humanas por el bien de una causa. En la versión castellana de su segunda obra importante sobre la moral y la política se rebela contra Kant que postula la búsqueda de la felicidad de los otros (especialmente en su obra tardía *La metafísica de las costumbres*). Con palabras de la autora comentada: “No podemos detenernos en esa situación tranquila: querer el *bien* de *los* hombres. El error de la moral kantiana es haber pretendido hacer abstracción de nuestra propia presencia en el mundo; así no se llega sino a fórmulas abstractas. El respeto de las persona humana, en general, no puede bastar para guiarnos, pues nos encontramos con individuos separados, opuestos, la persona humana está íntegra en la víctima y el verdugo; ¿hay que dejar morir a la víctima o matar al verdugo?”¹⁶.

Me atrevería a afirmar que frente a la filósofa francesa el ciudadano de Königsberg resulta claramente optimista, pues al menos confía en una razón armonizadora, mientras que en De Beauvoir la aventura humana nos conduce al desgarramiento interior, y a la incapacidad de reconciliarnos con los otros. Como afirma en la misma obra, con una bella figura retórica, profundamente dramática, pero no irresistible: “La moral kantiana me ordena buscar la adhesión de la humanidad entera; pero hemos visto que no existe ningún cielo donde se cumpla la reconciliación de los juicios humanos... Mi ser se me aparece condenado a permanecer para siempre dividido”¹⁷.

Por supuesto que no voy a negar que a De Beauvoir le preocupan, y mucho, los otros, pero no de una forma apasionada, o movida por sentimientos de empatía, sino en una línea semejante a la de Kant obligada por una suerte de imperativo categórico que hace que la libertad de los otros deba serme importante y asumible como mi responsabilidad. Por supuesto que la filósofa intenta dar una explicación digamos que “ontológica” (por decirlo de un modo que personalmente no me satisface) de las relaciones humanas como si de algún modo estuviesen preestablecidas y no dependiesen de nuestra individual elección. Estamos al parecer condenados a la libertad propia que tiene que asumir la libertad ajena.

Pero esta libertad no parece conducirnos ni a la felicidad ni a la concordia. Somos finitos, limitados y contradictorios. El desgarramiento y el desarraigo parecen ser nuestros inevitables compañeros. Tenemos que actuar, por una especie de presión ontológica, aunque nuestras vidas no puedan resultar redimidas por nuestros actos benefactores.

16 *¿Para qué la acción?* pág. 96.

17 *Ibid.*, págs. 106-107.

3. ¿Por qué la libertad?

Siempre me ha llamado poderosamente la atención el celo con que algunos pensadores defienden la libertad y la autonomía personal, con independencia de las satisfacciones personales y beneficios individuales y sociales que de ello se deriva. La obra de De Beauvoir es semejantemente bella y dramática a la obra de Kant, con un canto desesperado a la libertad, a la que se aferra desesperadamente en un mundo al parecer, de otro modo, sin sentido. Me propongo dedicar un espacio preferencial, como parte central de este pequeño trabajo, a la importancia de la defensa de la libertad como emancipación y como responsabilidad frente a la libertad de los demás. No me importa tanto la exégesis del pensamiento de De Beauvoir, aunque esto por supuesto también me importe, sino la crítica a las éticas deontológicas que son remisas a admitir que son incapaces de ofrecer argumentaciones convincentes para apostar por los principios que defienden si no es recurriendo a las consecuencias benéficas de actitudes, normas y principios. Como Mill le criticó a Kant, no se puede afirmar el valor de la imparcialidad como un principio formal, sino que hay que acompañarlo de un contenido sustantivo que no puede ser otro que el beneficio colectivo (el beneficio de toda la humanidad). Por supuesto Simone de Beauvoir, como toda persona que razona y piensa, no deja de ser consecuencialista, a pesar de sus intentos, como espero demostrar, simplemente porque en el razonamiento humano acudimos habitualmente a las consecuencias y los resultados, los beneficios morales, psicológicos, intelectuales y materiales para todo el género humano.

Es verdad que el hedonismo vulgar no es una alternativa ni un complemento a las éticas de la libertad, pero si considero que el eudemonismo de Platón o Mill (sin olvidar a Epicuro) es el elemento que ha de ir parejo a las pretensiones de liberar y emancipar a los humanos. No se trata, habrá que insistir, de recurrir a los placeres más groseros, o las pulsiones más primarias de los miembros de la raza humana, pero si de buscar la manera de alcanzar la vida *beata*, la vida feliz, que preocupó a los griegos, a los romanos, y a todos los ilustrados que en el mundo han sido.

Hay que reconocer el atractivo innegable de las propuestas de De Beauvoir. Por ejemplo me parece excelente su postulación, ya mencionada, de que “La moral es el triunfo de la libertad sobre la facticidad”¹⁸, porque desde luego, como Moore resaltó con su denuncia de la *Falacia Naturalista* en *Principia Ethica* de 1903, lo deseado no puede ser, o al menos no puede

18 *Para una moral de la ambigüedad*, pág. 49.

ser sin más (añadiría yo) lo deseable. Por cierto que en la Ética del siglo que ha terminado la ética existencialista de De Beauvoir parece aproximarse a lo mantenido por Hare especialmente en su obra *Freedom and Reason*. Pero no es momento ahora de analizar las distintas propuestas sobre la libertad y su supuesta superior relevancia respecto a la facticidad, sino más bien de reconocer el mérito de un intento de superar lo dado, lo establecido, lo normado, mediante el razonamiento y el uso de la inteligencia emocional, tan justamente reconocida en nuestros días (elemento este último que parece ausente en el pensamiento rabiosamente racionalista de De Beauvoir). Pero el triunfo de la libertad ni es deseado ni deseable a menos que ésta se describa como emancipación del prejuicio, liberación de la miseria, la enfermedad, la debilidad física, psíquica, moral o intelectual.

Curiosamente (a mí me ha llamado poderosamente la atención) cuando la filósofa argumenta a favor de la emancipación intelectual y de todo tipo de la mujer acaba recurriendo a un razonamiento, o una predicción, netamente consecuencialista o teleológica. Afirma, al respecto: “Las mujeres son pegajosas, pesadas y sufren por ello; es porque tienen la suerte de un parásito que succiona la vida de un organismo autónomo, que puedan luchar contra el mundo y arrancarle su subsistencia y será abolida su dependencia; también la del hombre. *Unos y otras, sin duda alguna, lo pasarán mucho mejor*”¹⁹.

Por supuesto que ningún consecuencialista cabal (ningún utilitarista de inspiración milliana) confundiría el “content” con la “happiness”, el contento, o acomodo con la felicidad. Con todas sus fuerzas Simone de Beauvoir rechaza el acomodo, el conformismo, el placer inmediato, y en ello se muestra admirable y digna de ser considerada como una de las figuras claves en la historia de la Ética occidental. Pero su desprecio de la felicidad profunda, del goce compartido, es sin duda un obstáculo para que las sombras del racionalismo y el puritanismo no planeen sobre la conquista humana por excelencia (que deriva de la libertad, sin duda) que es el goce de vivir, algo a lo que De Beauvoir se refiere con frecuencia como *alegría*, y que por supuesto consideraría deseable. Al menos en sus años jóvenes la filósofa decidió llevar “una vida orgullosa, *alegre* y reflexiva”²⁰.

Es de rigor reconocer que la felicidad profunda, tal como yo la entiendo requiere del mismo esfuerzo moral, enorme en ocasiones como en el caso de la emancipación de la mujer, que De Beauvoir propugna cuando afirma:

19 *El segundo sexo*, pág. 862, cursivas mías.

20 *Memorias de una joven formal*, pág. 321.

“Aun así, y en cuanto subsistan las tentaciones de la facilidad- en virtud de la desigualdad económica... y del derecho reconocido a la mujer a venderse a uno de esos privilegiados- necesitará un esfuerzo moral más grande que el hombre para elegir el camino de la independencia”²¹. Pero dicha independencia no es un imperativo categórico sino un *desideratum*, algo deseable que la mujer, o el varón, aspiran a conquistar para beneficio propio. Solo una mente fundamentalista y puritana podría sostener el valor de la independencia a costa de la felicidad real y profunda de los seres humanos.

Se trata más bien de elegir entre tipos de felicidad, que de preferencias por la libertad sobre la felicidad. De Beauvoir refuta con indebido desprecio la ética de la felicidad que sustituye por la ética de la libertad²², cuando libertad emancipatoria y felicidad profunda son una y la misma cosa y exigen la fatigosa pero espléndidamente gratificante tarea de eliminar los obstáculos que no nos permiten el auto-contento o la convivencia armoniosa con los demás. A pesar de no considerarse así misma como filósofa de la moral De Beauvoir define el fin supremo del hombre como imperativo que se nos impone: “Es necesario recordar aún que el fin supremo al que el hombre debe tender es su libertad, la única capaz de fundar el valor de todo fin. Subordinaremos entonces el confort, la felicidad, todos los bienes relativos que definen los proyectos humanos a esa capacidad absoluto de realización”²³.

En un sentido es muy apropiada esta defensa de la libertad, que ha de supeditar el mero confort o la comodidad a metas más exigentes cuyo valor deriva, en contra de lo que la filósofa da a entender, de gratificaciones más profundas y duraderas. La emancipación de la mujer no tendría sentido si únicamente se lograrse con ello su independencia del varón o su superación del estado de objeto convirtiéndose en sujeto. ¿Por qué había una mujer burguesa de abandonar su situación de cómoda subordinación al varón que piensa, trabaja, y construye ciudades y obras de arte para el descanso y ocio femenino si esta subordinación no implicase una cadena indecible de sufrimientos derivados de todo estado de servidumbre?

En tiempos como los que vivimos, sin embargo, y a pesar de la errónea concepción del eudemonismo, la ética de De Beauvoir resulta un espléndido acicate para llevar a cabo esforzada y alegremente nuestra realización personal frente a lo establecido. Me atrevería a decir que frente a las éticas al

21 *El segundo sexo*, pág.161.

22 *Ibid.*, pág. 35.

23 *Para una moral de la ambigüedad*, pág. 119.

uso tan conservadoras y con tendencias individualistas que subordinan todo a los intereses individuales de los humanos, (con honrosas excepciones, por ejemplo Marta C. Nussbaum o Peter Singer), la ética de la filósofa resulta extremadamente estimulante puesto que nos alienta a no desfallecer en la búsqueda de nuestro perfeccionamiento personal y colectivo, ya que en opinión de la autora los seres humanos se distinguen precisamente del resto de animales por su necesidad no sólo de sobrevivir sino de perfeccionarse. Sin embargo, parece olvidar la filósofa aquello que nos enseñó Platón con un candor y un optimismo moral ausentes en la obra de la pensadora francesa. Como es bien sabido, especialmente en *La República*, Platón mantiene que vale la pena ser moral, y desarrollar la virtud, no como fines en sí mismos sino como el único modo posible de alcanzar el bienestar personal.

Ante la falta en el presente siglo de filósofos de la moral que profundicen en las necesidades y metas de los seres humanos, la filosofía moral de De Beauvoir resulta ciertamente iluminadora e ilusionante. En ella, a pesar de su pesimista concepción (que a veces parece no ser más que una pose de disidente burguesa), hay en la autora un lugar para el desarrollo moral humano que parece haber sido aparcado después de la impresionante contribución de Piaget, Kohlberg o Carol Gilligan. La libertad, la emancipación son realmente necesarias, y en la lucha política y social encuentran los humanos un cauce para liberarse de las ataduras que los recluyen en una vida falsamente feliz, una vida no solo éticamente reprochable sino prudencialmente absurda. “Si quiero que un esclavo tome conciencia de su servidumbre, es por no ser yo mismo tirano- puesto que *toda abstención es complicidad*”²⁴. Pero este sentimiento de complicidad no es malo sólo porque algún imperativo *a priori*, o alguna razón ontológicamente fundada lo determine, sino porque en la complicidad y en la abstención del dejar hacer, dejar vivir, sin ocuparnos de los otros, no puede encontrarse una satisfacción profunda.

Acierta también la autora cuando arremete contra el conformismo y el “contento” que los poderosos auspician en beneficio de los oprimidos, a los que se condena a una vida sin el aliciente de su realización personal. Se me permitirá citar un párrafo un tanto extenso en el que la autora desarrolla con precisión esta idea de la enajenación de los más desvalidos: “El oprimido no puede realizar su libertad de hombre más que en la rebelión, puesto que lo propio de la situación contra la cual se rebela reside precisamente en impedirle todo desarrollo positivo. Solo en la lucha social y política su tras-

24 *Ibid.*, pág. 91, cursivas mías.

cendencia se proyecta al infinito. Y por cierto, el proletario no es un hombre moral más naturalmente que otro; puede escapar de su libertad, disiparla, vegetar sin deseos, consagrarse a un mito inhumano. Y la astucia de un capitalismo “esclarecido” consistiría en hacerle olvidar su preocupación auténtica, proporcionándole a la salida de la fábrica en la cual un trabajo mecánico absorbe su trascendencia, diversiones donde termina de perderse”²⁵.

La lucha contra la opresión parece pertinente y exigible en un mundo como el actual en el que las “diversiones” obstruyen los canales por donde deben correr los ríos de la cooperación y la empatía. De Beauvoir denuncia de modo claro la insana condición de quien oprime, olvidando sin embargo resaltar, como Mill haría, que también él es privado del beneficio de unas relaciones en condiciones de igualdad. “Por fin, afirma la autora, el opresor se complace en mostrar que el respeto por la libertad no tiene lugar sin dificultades, e incluso puede llegar a afirmar que nunca podríamos respetar a la vez todas las libertades. Pero ello significa solamente que el hombre debe buscar activamente perpetuarse, sin avizorar un estado imposible de equilibrio y reposo. No significa que deba preferir a esta conquista incesante el sueño de la esclavitud. Cualesquiera que sean los problemas que se le plantean, los fracasos que deberá asumir, las dificultades en las cuales se debatirá, *deberá rechazar la opresión a todo precio*”²⁶.

Por supuesto que la opresión debe ser rechazada a todo precio, ya se trate de la opresión de la que es víctima el esclavo, el siervo, el trabajador o la mujer, pero por razones no de simple cumplimiento con nuestra supuesta trascendencia sino como medio de lograr nuestra plena gratificación. Sería absurdo oponerse al consumo de drogas con preferencia a placeres más naturales, menos cargados de efectos no deseables, a no ser porque como seres humanos tenemos a la vista, o podemos tener, un plan de vida que la hace más gratificante.

Es sin duda impresionante el final de *El segundo sexo* donde se apela a la belleza de la libertad y la amistad entre hombres y mujeres. “Liberar a la mujer, dice De Beauvoir, es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas... cada uno seguirá siendo para el otro un *otro*... cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la Humanidad, y todo el sistema de hipocresía que implica, la “sección” de la Humanidad revelará su auténtica significación y la pareja humana hallará su verdadera figura”²⁷. Afirmando un poco más adelante lo que da fin al esforzado e

25 *Ibid.*, págs. 92-93.

26 *Ibid.*, pág. 101, cursivas mías.

27 *El segundo sexo*, pág. 870.

importante tratado a favor de la emancipación femenina: “Al hombre corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en el seno del mundo establecido; para alcanzar esta suprema victoria es necesario, entre otras cosas que, por encima de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad”²⁸.

Resulta gratificante este recurso a una relación humana no meramente intelectual sino que implica el reconocimiento sentimental del otro como ser con el que tengo que convivir y con el que no puedo menos que contar para afirmarme como sujeto humano. El recurso a la fraternidad me parece muy apropiado ya que sólo en base a sentimientos morales y deseos de cooperación puede ser posible el perder la condición de objeto y convertirnos en Sujetos para los demás.

Con su defensa del coraje, la valentía, el desarrollo intelectual de todos los humanos Simone de Beauvoir ofrece una serie de trabajos que bien haríamos en reconsiderar en estos tiempos de éticas contemporizadoras, de neocontractualismos, de éticas de mínimos. Es necesario conmemorar a Simone de Beauvoir por su rigor, su valentía, y su esfuerzo por ensanchar los caminos de una libertad emancipatoria, que garantiza, aunque ella no parece haber querido verlo así, el sentido de la vida, que no es otro que el goce profundo y solidario.

28 *Ibid.*, pág. 871.